

HISTORIA DE DOS REGRESOS

Concepción del mito en Buero Vallejo y A. Gala

Varia fortuna de un matrimonio mítico (Ulises y Penélope) en las distintas concepciones de dos Antonios: **Buero Vallejo** (*La tejedora de sueños*) y **Gala** (*¿Por qué corres, Ulises?*). Ambos son conscientes de que bajo la aureola del episodio legendario, se oculta una realidad humana de reflejos menos brillantes, pero de sentimientos más vitales. Los mitos tenían entonces el valor de ser arquetipos de comportamiento; pero en la actualidad es la psicología y la personalidad individual lo que cuenta. Por eso, **Buero** y **Gala** desvelan, en las obras citadas, los entresijos de unos personajes, de los que no se nos ha transmitido más que la silueta.

De sobra resultará conocido —a través de la *Odisea* de Homero— el episodio del retorno de Ulises a Itaca, tras veinte años de ausencia (diez de ellos luchando en Troya y otros tantos sufriendo el rigor de los dioses en innumerables aventuras y desventuras que retrasaban su viaje de regreso). Me limitaré, pues, a recordar aquí las líneas maestras del relato original, antes de pasar a encarar las versiones teatrales que me ocupan.

Ignorando si Ulises aún vivía o había muerto y acosada por los voraces y ambiciosos pretendientes que aspiraban a su trono, Penélope se había visto obligada a fijar como fecha de elección de nuevo esposo el día que terminara de tejer un sudario para su suegro Laertes. Con la esperanza de que Ulises regresara, Penélope demoraba la finalización de su labor, destejando secretamente cada noche lo que tejía de día. Descubierta el engaño por los pretendientes, éstos le exigen que se decida de inmediato. La elección se hará mediante concurso: quien consiga tender y disparar el arco de Ulises será su esposo. Entretanto, se había producido la llegada del héroe a palacio bajo la apariencia de un viejo mendigo extranjero. Tras el intento frustrado de superar la prueba por parte de los pretendientes, es Ulises quien toma el arco y consigue tenderlo. Desvelada su identidad, mata a flechazos —secundado por sus criados Eumeo y Filetio y por su hijo Telémaco— a todos los pretendientes, salvando así, su matrimonio y recuperando su reino.

Nos encontramos, pues, en la leyenda clásica, ante el paradigma de un héroe que afronta con pundonor los contrarios designios de los dioses, y el de una casta mujer que

sabe conservar su honra manteniéndose fiel a su esposo a pesar de su prolongada ausencia, de la carencia de noticias y del pertinaz asedio de los pretendientes. Como digno final a su odisea legendaria, Ulises restablece su poder en su hogar y en su patria, y recibe como premio el honor inmaculado que Penélope ha preservado para él. Sin embargo, este episodio no recibió apenas atención por parte de los autores de nuestro teatro clásico. Frente a las innumerables comedias y autos sacramentales de tema mitológico (referidas, sobre todo, a los mitos de Eco y Narciso, Apolo y Dafne, Eurídice y Orfeo, Venus y Adonis, Píramo y Tisbe, etcétera, y a los episodios legendarios de Helena y Paris o Dido y Eneas), quizá no pasen de tres las obras que abordan el tema de Ulises y Penélope: *La casta Penélope*, atribuida a Lope de Vega; *Ulises y Penélope*, escrita por Martí; y *Los trabajos de Ulises*, de Belmonte. Las razones del escaso tratamiento de este episodio —que tanto ensalza los valores del honor y la fidelidad, valores muy del gusto de nuestros autores clásicos— podrían radicar en que no hay una ruptura, una transgresión del orden establecido, que exija, posteriormente, su restablecimiento. No llega a producirse afrenta ni deshonra contra el honor de Ulises. El comportamiento de los pretendientes sólo resulta gravoso para sus propiedades; no obstante, el castigo resulta desmesurado, como corresponde a tan soberbio héroe. Esta carencia de un conflicto que atente contra las normas del código de honor vigente en nuestros Siglos de Oro, unida a la escasez de posibilidades de juego dramático que ofrecería una fidelidad tan extrema como la de Penélope, podrían ser las claves de la poca

atención recibida por este episodio en dicha época. Este aspecto merecería un estudio más detenido, en el que yo no puedo centrarme en este artículo. En nuestro siglo XX, sin embargo, los personajes de Ulises y Penélope, sí han concitado el interés de los autores de teatro. **Buero** y **Gala**, son los casos más representativos. Ambos han intentado desmitificar, de uno u otro modo, este episodio legendario y han escudriñado los aspectos más humanos de estos personajes. Sin embargo, las distintas ópticas que han adoptado para hacerlo, les ha conducido a resultados bien alejados del relato original y bien diversos entre sí. **Buero Vallejo** ha querido ahondar en la psicología femenina de Penélope que, al enfrentarse con el carácter soberbio del héroe, da lugar a que el episodio desemboque en una tragedia, que quedará soterrada en la intrahistoria —utilizando terminología unamuniana— de aquella época legendaria. **Gala**, sin embargo, ha querido centrarse en Ulises, pero —desde su óptica irónica y distanciada— ha preferido no abordar su faceta de héroe legendario, sino su aspecto de hombre que, cansado de tantas correrías que ya no puede revivir sino recordar, sólo busca ya el descanso de su hogar y de su esposa. Estos diversos enfoques dan pie a que cambien muchos elementos del relato original del regreso de Ulises. Voy a prescindir de las diferencias de detalle para no perderme en menudencias. Intentaré, sin embargo, desarrollar aquellas variaciones básicas que obedezcan a una particular intencionalidad de cada uno de los autores que me ocupan. En *La tejedora de sueños*, **Buero** mantiene bastante fielmente la estructura del relato primigenio; sin embargo, da un giro

espectacular a la consideración tradicional de los personajes principales. Penélope ya no es aquí el prototipo de la paciencia y la fidelidad, sino que se presenta como una mujer apasionada. Por su parte, Ulises ya no es el valeroso guerrero ni el arrojado navegante de tiempos pasados; **Buero** lo presenta como un hombre aviejado, desconfiado y cobarde. El conflicto entre ellos surge debido a la nueva psicología que el autor les atribuye. Penélope, durante la prolongada ausencia de Ulises, se ha enamorado de uno de los pretendientes. El afortunado, Anfino, es el único de ellos que, con su galantería y sus atenciones hacia ella, ha demostrado tributarle un rendido y sincero amor. La llegada de Ulises disfrazado de anciano (lo cual le permite conocer el estado en que los pretendientes tienen su hacienda y su reino, así como el amor entre Penélope y Anfino) dará paso a su venganza. Ulises llevará a cabo la matanza de los pretendientes sin exponerse, cobardemente escudado desde un lugar seguro, con lo cual el autor le despoja de la grandeza

